1

OPIO NEGRO

*¡Ah! Café divino,*

*Ningún beso más suave,*

*Ningún moscatel más embriagador*

***J.S. Bach y Picander,***

 ***Cantata del Café, 1734***

*Entre cafetos y mimosas*

*Otoño de 1815*

Mi ciudad es una señorona con el corsé muy ceñido. Créanme sus mercedes si les digo que no se lo ató su doncella, sino Hércules tirando de un cordón y Gerión del otro. Tanto es así que apenas queda sitio, entre la ensenada del Orzán y la del Puerto, para que el arrabal de La Pescadería respire.

Hacia lo que llamamos Ciudad Alta, allá en su cabeza, la vieja dama gusta más del moño que del pelucón, y a fe que lo lleva bien sujeto, y no con redecilla y alfileres, sino con murallas y bastiones. Del mismo género le armaron el tontillo, barrera decorosa que cierra el Frente de Tierra desde el Caramanchón hasta el Malvecín. No previnieron sus modistas los sietes en los flancos que el contrabando le haría a tal madama. Y debieron prevenirlo, porque de siempre se colaron por ahí, como en casa de Roque, los matuteros que se reían de los bandos del Rey y de su Hacienda. Alguna vez anduve con ellos, como tuvieron que andar unos cuantos de los míos.

Entre dichas angosturas nací yo, en esta Coruña de brumas como desiertos y espejismos de sol. Me dieron a luz en la víspera de la Función del Voto, a las tantas de la madrugada; ya ven que nací en día de fiesta y en hora de picos pardos. Corría el año de mil setecientos y cincuenta y cuatro, el octavo del prudente rey Fernando, que prefería la peor de las diplomacias a la mejor de las guerras.

Por entonces, la Corona le daba el visto bueno al colosal catastro del marqués de la Ensenada, un censo detallado del paisanaje del Reino de Castilla. Si no han tenido noticia de él hasta ahora, sepan que no llegó a ser fábula porque nunca son tan largas, aunque tenga el cuento su moraleja. Lo que el marqués ilustrado pretendía era un solo impuesto para todos los súbditos del rey, echando a la mierda millones, alcabalas y peajes.

Si llamo fabulosa a la tal obra, no es por su pretensión de meternos sentido común por un lado y en cintura por el otro, sino porque se le enraizó en el magín al ministro –también los ilustrados sueñan, aunque sueños de la Razón– que los ricos aflojaran la bolsa. Creo que, hogaño, ratones de biblioteca, con y sin anteojos, dan buena cuenta del dicho mamotreto. ¿Ven como tenía moraleja la conseja?

Puede que eso –yo no lo sé–, sin despreciar la rebelión de las reducciones jesuitas del Paraguay y las insidias del embajador inglés, diera bríos y excusas a los enemigos de Ensenada para indisponerlo con su soberano. Los nobles castizos, que detestaban a los flamantes ilustrados, susurraron en los oídos del rey Fernando silbidos parejos a los de la sierpe que envenenó a Caín. Al final, los guardias valones asaltaron los aposentos del marqués y se lo llevaron preso como si no fuera el amo de un palacio –y de media España–, sino un inquilino por desahuciar.

No eran tiempos, aquellos en los que yo nací, para andarse por las ramas en esta nación nuestra. Y no porque un irlandés, Ricardo Wall, y un inglés, el embajador Benjamín Keene, complicados con el Duque de Huéscar, futuro de Alba, acabaran con Ensenada como acaba un obispo con un sorbete. ¡Quia! Lo digo porque el antaño omnipotente ministro mandó talar un sinfín de bosques para que el rey de España pudiese enviar navíos de línea contra Inglaterra. Un maestro que tuve –la Vida me lo regaló– me dijo que los romanos tejieron una leyenda sobre una ardilla que, cansada de comer piñas en los Pirineos, iba por bellotas a Huelva sin plantar las patas en el suelo. El caso es que yo creo que, con tanta galera y galeón, a las nietas de aquella ardilla no les quedó percha en la que sujetarse. Por eso, al terminarse los bosques y caer los animales a tierra, les acabaron creciendo las orejas y las ancas, y ahora las comemos al ajillo, rechupeteando los huesos hasta dejarlos mondos.

Pobres navíos, aquellos de Ensenada, tan inútiles como la moza guapa que condenan a clausura, que le cuentan que tiene esposo, pero a tal altura que no le queda más escalera que morirse. Como se gastaron un Potosí en armar aquellos barcos, luego no querían que levasen anclas, no fuere que los artilleros ingleses los desportillasen. Dicho así, más que a una flota, se me parecen a la porcelana buena en casa humilde, que sólo se saca en las comidas de la Patrona. Igual que la lencería de cama, que sale del arcón cuando viene el médico. Así nos pintó unos años después. Vino el *doctor* Nelson, el de Trafalgar, quisimos desplegar velas y nos las llenó de sangre, que es lo que hacen los médicos con las sábanas de las ocasiones.

Cuando a mí me dieron a luz, virreinaba en Galicia el Conde de Itre, capitán general del reino. Se iban despidiendo, con los óleos en la frente, muchos de los que conocieron la guerra entre el Archiduque y el de Anjou, que dejó a España maltrecha y resentida. La verdad es que ya venía harto ajada de las manos de trapo de aquel Austria al que llamaron *El Hechizado*, el último tudesco que plantó sus nalgas en el trono. Era un pobre imbécil y, a mayores, un pichafloja incapaz de meter candela en el tálamo. Por culpa de su semilla hueca –pura cáscara– sufrimos una guerra civil. Puede que fuera más justo y clemente reconocer que el pecado no estuvo en él, sino en las aberraciones de los que vinieron antes, que se aparearon entre sí para no repartir el Imperio con otros. Sería justo reconocerlo, sí, pero no hay hombre parido que pueda torcer mi voluntad para que sea yo clemente con los reyes.

El paquebote inglés unía de nuevo La Coruña y Falmouth, en Cornualles. Iba y venía con valijas y pasajeros, con género y noticias, y, desde luego, con matute de tabaco y moneda, más de la nuestra que de la suya. Llevaba en servicio, del tirón, tres o cuatro años, sin que otra pendencia con Su Graciosa Majestad lo interrumpiera. Ya veníamos de zurrarnos la badana con los del pelucón *a la federica* a este y al otro lado de la mar océana. Una vez fue para asentar a una reina en el trono de Austria; otra, por socorrer a nuestros primos gabachos; y una tercera, de verdad urgente, por no perder plaza en el Caribe. Ésta fue la más pintoresca de aquellas guerras, y no por inofensiva, sino por su título. La *de la Oreja de Jenkins* la llamaron. A un inglés contrabandista que llevaba ese apellido, un bravo de los nuestros le cortó un asa en La Florida. No le pareció al guardacostas afrenta suficiente aquella, así que tomó al desorejado por la oreja sana y lo devolvió a Londres con un recado:

–¡Vaya su merced a tomar por culo de aquí y a decirle al matutero mayor del reino, el cabrón de su rey Jorge, que a él también le rebanaré las escarpias! Ya me encargaré yo mismo de que no le queden lengüetas en las que apoyar la corona –juró por añadidura.

No hizo falta más excusa para que los británicos se echaran como zamuros sobre Cartagena de Indias. Tan seguros iban de su victoria que, antes de zarpar anclas, mandaron fundir monedas para celebrar el triunfo.

–Mas allí se dieron de bruces con el Almirante *Patapalo*. Un matador tuerto, cojo y manco que le cortó las dos orejas a *John Bull* y le dejó el rabo para que se fuera con él entre las piernas. La Marina de Su Puta Majestad conoció a manos del comandante general Blas de Lezo, titulado *Mediohombre* por la gloria de sus heridas, la mayor derrota de toda su historia.

Así me lo contó una vez, con patriótico arrebato, un cura de Betanzos al que ya conocerán. No se equivoquen sus mercedes al pensar que el cura le faltaba al respeto al héroe: ser la mitad de un hombre fue gloria en aquel caso, y no vergüenza. Y es que De Lezo tenía por trofeos de sus muchas batallas un ojo, una pierna y un brazo. Y no de otros, sino suyos.

–De no haber sido tuerto, cojo y manco, nadie le habría quitado de entrar a la bayoneta, con un ¡Santiago y cierra, España!, en las mismísimas cocinas del Palacio de San Jaime –sentenciaba el mosén.

Así que ya lo saben vuesarcedes: para el caso de que quieran gresca con un inglés, no le digan *bloody bucket of shit* o lindezas por el estilo. Suéltenle en la jeta ¡Cartagena y Blas de Lezo! y verán como la tienen gruesa.

Sepan ahora quién les da este consejo. Mi gracia es Yago y mi apellido Valtrueno. El nombre me hace tocayo del Apóstol Santyago, patrón de mis paisanos, y el apellido me viene de un quinto abuelo de mi padre. Aquel hombre nació expósito y, no teniendo linaje, se inventó un apodo. Lo criaron en un valle de la Sierra Do Suido, entre Orense y Pontevedra, donde cada tormenta trae más centellas que días de ayuno guarda un cristiano. Así que Valle del Trueno le pareció un apellido tan bueno como cualquiera y Valtrueno se tituló. Con el tiempo y unos cuantos regocijos, de los de sábanas y almiares, ese título llegó hasta mí. Les diría que para servir a Dios y a sus mercedes, pero, si hay un dios, nunca me hizo un favor y, que yo sepa, sus señorías tampoco, salvo el de prestar atención a estas líneas. Y como de esto, lo mismo que de Dios, no tengo constancia, pues nada les agradezco de antemano.

Habrán de disculpar mi rudeza, pero el que suscribe no da crédito sin aval, como los usureros nuevos que abren negocio en mi ciudad. Ninguno es de Coruña, sino vizcaínos, asturianos, catalanes y castellanos viejos, haciendo buena la sentencia de que aquí nadie se siente forastero, y menos si trae real. No ha de extrañarles, de casta le viene al galgo.

¿O acaso no fue Hércules, tan venerado por acá, nacido del vientre de una reina de Tebas? Lo que digo es que si adoptamos al griego aquel de Beocia, ¿quién ha de ser el lindo que le ponga mala cara a estos paisanos con el riñón forrado?

Por el año en que me parieron, los más ingenuos me tildarán de hijo de ese siglo al que hacen el favor de llamar *de las Luces*. De ser hijo suyo, lo seré bastardo. Ya he procurado yo mostrarme lo bastante malnacido como para que los burgueses y los sofistas se avergüencen de mi y de mis hechos. Arranqué mis raíces del terruño por el empeño de mercaderes sin alma, que me arrinconaron como se arrincona a una alimaña. Pero es verdad que sigo deambulando porque, huyendo de ellos y de sus milicias, me he dado de bruces con la aventura y la sensualidad, y con algún instante de alivio para mi alma inquieta. También me han enseñado los mercaderes, sin ellos pretenderlo, un par de valiosas maestrías.

Por la primera entendí que padre no hay más que uno. Lo digo porque no le consiento a quien me emplee por alguna de mis destrezas que me pase la mano por el lomo y me mire condescendiente, como si me hiciere algún favor o me salvara de pasar hambre. Cumpla usted lo convenido, igual que lo cumplo yo, y aquí paz y después gloria, maestro. Y si no nos conviene, puerta para mí, que el mundo es grande y días de sol hay muchos.

La segunda de esas lecciones tiene que ver con los viajes emprendidos por huir de los burgueses o para hacer botín a su costa. Así me llegó una hermosa fábula índica que habla de lo incierta que es la vida, y de lo inútiles que son los afanes por encerrar el Universo en nuestros puñitos.

Dicen que hay una isla entre Madagascar y Ceilán a la que ningún marino llega por su voluntad, sino por la de ella, como una ballena de San Brandán más caprichosa, no en vano es oriental. Nadie ha sido capaz de señalarla en los mapas, porque un día está y al siguiente sólo hay agua. Quienes han podido arribar, por puro azar, a alguno de sus puertos, que se mueven sin ton ni son a lo largo de su costa, cuentan que en tal ínsula nadie vive apegado a nada, pues nunca encuentran lo que buscan, sino esotro que no buscaban.

Su gobierno es estable porque el rey de esa nación no teme acabar con el cuello en el tajo y goza, por ello, de serenidad y buen juicio. Para empezar, sabe que puede perder su corona, porque allí todo se pierde. Pero si la encuentra un campesino en un montón de estiércol, no hay miedo de que se la quede, pues el rústico entiende que él también la extraviaría el día menos pensado. No tiene sentido para esas gentes decir *esto es mío y estotro de su merced*, porque siempre están al cabo de perder lo que tienen. Pienso yo que, por fuerza, no ha de ser de ellos, sino de algún genio burlón que los toma por títeres.

Por eso mismo, no se les hace vinagre el acomodarse a las vueltas de la vida; y viven con una sonrisa, sabiendo que el aire que respiran, que flota en todas partes, es su único bien.La isla, que se llama Serendip, esconde una enseñanza en su evanescencia: nos pasamos la vida detrás de lo que no encontramos, para darnos de bruces con lo que no buscamos. Alguna vez he oído que a esta descripción de la futilidad de nuestras fatigas le llaman *serendipia*. Un arriero del Barco de Ávila me dijo una vez, sonriendo cachazudo, que a eso, en su pueblo, lo llaman *chiripa*. Pues a veces con serendipiay otras de chiripa voy encontrando yo, en mi trajín de acá para allá, el modo de arreglarme con la Vida y sus caprichos.

Para reunir tal pizca de sabiduría tuve que atravesar el humo de esa época que titularon *luminosa*. Humo de pólvora, el de las muchas guerras del siglo ilustrado, exportadas al Caribe, a la India y al Canadá, cuyos naturales conocen la crueldad de los generales civilizados y la codicia de las compañías comerciales; humo de tabaco, el de mis cigarros, en cuyas volutas recreo las curvas soñadas de los cuerpos que he poseído y de aquellos que no pude tener, y que deseé como si sus dueños y amas fueran a hacerme eterno con un solo beso; humo de amapola, que adormece la angustia de estas cabezas nuestras, desazonadas por tanta pregunta y tanta sentencia sobre la utilidad del existir; y, por descontado, muselina humeante de incontables tazas de café, negro como el alma de Judas, ardiente como Herodías, puro como la Inmaculada y dulce como un beso de Venus. O de Apolo. Un brebaje tan urgente para mí como el opio para un estibador de Nankín, la coca para un arriero andino o el betel para un filibustero dayaco.

La verdad es que no soy pariente de este tiempo racional, ordenado y pedante, no lo soy. Así que animo a sus mercedes a dejar aquí la lectura si es que son bien pensantesy no, como yo, un cachorro del caos. No escribo para los ilustrados de salón, que proclaman la igualdad entre los hombres y se acolchan el lomo merced a lo poco iguales que somos. Tampoco tiendo cois en este jabeque para las gentes oscuras que viven abrazadas a la cruz, y que me prometen felicidad después de muerto, pero que me la niegan mientras aún gobierno mis sentidos.

Y para remate y condena, confieso que no me descubro ni me inclino ante los Borbones que calientan el trono de esta vieja dama desdentada que es España, aunque no diga, con eso, que simpatice con los que claman por el regreso de los reyes germánicos. Soy convicto de desobediencia, de sedición, de impiedad y de ignorancia; soy valiente cuando procede y cobarde cuando en ello me va la vida, sin que pueda jurar qué platillo de la balanza pesa más. No tuvo Sileno más vicios que yo, y ellos me hicieron ventajista y camandulero.

¿Quieren más? Pues sepan que se me da un ardite el color de la piel de un hombre: tan despreciables me parecen, si es que lo son, un negro de la Cafrería, un pálido de Siam o un rentista de San Vicente de la Barquera. Como suele decirse, de martes a martes, hay majaderos en todas partes. Valiente idiotez es esa de pregonar que un salvaje ha de ser inocente por vestir taparrabos y comer orugas de los árboles, como dice el tal mosiú Rousseau, natural de Ginebra, ciudad tediosa donde las haya. ¿Acaso a tan distinguida polilla de salón quisieron tajarle la yugular en lenguas diversas como han querido tajármela a mí? ¡Quia! Ese no vio más sangre que la de las yemas de sus dedos, abiertas con el filo de una hoja, sí, pero de papel; ni catado más salvajes que los que ilustran las páginas de La Enciclopedia. Ya me gustaría haberlo tenido conmigo, verbigracia, en La Florida, cambiando plomazos con los putos ingleses y rezando para que los infieles de piel roja que iban con ellos no nos arrancasen el forro de la calavera.

Díganme, si no, cuántos filósofos han visto desfilar sus señorías por los campos de batalla de la Europa ilustrada, abonados con el mantillo de tanto soldado muerto en las guerras de los príncipes, cuyos soberanos culos limpian los sofistas con una mano mientras con la otra se aflojan los calzones para ofrecer sus pálidas nalgas a los mecenas. Las luces del siglo más iluminado, veladas por la sangre que salpica de sables y bayonetas, terminan de opacarse bajo el humo de cañones y mosquetes. Decidme de qué presumís y os diré de qué carecéis; calculen sus mercedes cuánto se habla hoy de la Razón y yo les diré cuan irracional y cruel es la edad en que vivimos.

Pero bien a gusto que me muevo yo entre tanta locura, tan a mi capricho que podrían vuecedes tildarme de Gran Kan de todos los lunáticos. No les diré que no, y, más aún, les daré ventaja regalándoles un argumento sumario: no ha llegado el sol a la hora en la que no proyecta sombras y ya he trasegado, a panza huera, dos cafeteras de granos arábigos. No con otro viento en mis velas habría surcado yo estas cuartillas; ni encontraría el valor para aproar el piélago inmaculado en el que dibujaré mis singladuras y naufragios a lo largo de los años más afanosos y peor mirados de la Historia de esta nación nuestra. No hay arte sin enajenación, y la de este tiempo llega con el café, como bien sabe el gabacho Delille:

*Esa es la bebida al poeta tan cara,*

*Ignorada de Virgilio, y que Voltaire adoraba. (...)*

*Mi idea era triste, árida, desabrida;*

*Ahora surge ricamente vestida;*

*Y creo, con el genio que el despertar provoca,*

*Que estoy bebiendo un rayo de sol en cada gota.*

Benditas tierras lejanas y soleadas, semillero de placeres desde Ceilán hasta La Martinica: nos regalan el café a unos, a otros el chocolate y a algunos una parcela esponjosa y eterna en la parroquia de Nuestra Señora de las Lombrices. ¡Quién quita que, a la postre, los huesos mondos de este viejo pecador lleguen a abonar una vigorosa mata de tabaco! A fe mía que daría buenas brevas.

Por cierto… ¿Qué se ha hecho de mi petaquilla?... Habrán de perdonarme si dejo de atenderles en este mismísimo *intre*, pero se me da un pimiento la cortesía cuando extravío mi tabaco. Si la reina María Amalia perdía los cabales y aullaba por los pasillos hasta que le traían sus cigarros, cómo no habré de salirme de quicio yo que, al fin y a la postre, tengo bula por ser un villano. Y, a mayores, villano fumador, un desperdicio para mi salud y una ganancia para los lujos y las guerras del rey, dueño de ese y de otros monopolios. Dueño de todo, sí, menos de mi voluntad y del gozne de mis cervicales, que jamás se doblaron ante quienes reciben el *Don* por caer de una vulva coronada